

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificación



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Microrrelatos

Directora
Ana Calvo Revilla

MARÍA FIDALGO GARCÍA
lenita_torrevieja@hotmail.com

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Número 8, pp. 134-136
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

Lentejas



A los nueve años, recién muerto mi abuelo, derramé solo en el pajar un llanto mudo y avergonzado. Mudo parar que no lo oyera madre, que, ya curtida en la costumbre de llorar caídos, se limitó a decir “Ahora eres el hombre de la casa”. Avergonzado porque a mí me quedaba grande el traje de abuelo, y era a él a quien buscaban en el pueblo si había que escribir una carta, a quien madre servía siempre otro plato de lentejas y a quien obedecía el perro.

Aquel día mis lágrimas de niño refrescaron el adobe de los muros que padre había ayudado a levantar, se colaron entre maderos goteando la cama en que nací, aguaron los calostros que estaban puestos a hervir en la lumbre y a mí me dejaron seco y exhausto.

Cuando me levanté del suelo del pajar, chapoteando, era todo yo un cuerpo ronco y sólido.

Me sacudí el exceso de humedad y bajé a la cocina con paso decidido.

“Madre, vengo con hambre. Sírvame más lentejas”.

Los diseños de la providencia



El petirrojo cobró vida en cuanto di la última puntada, estoy segura. Puse todo mi esmero en el bordado. Quería usarlo para decorar el salón, el bastidor en que lo había cosido haría de marco. Mientras martillaba la alcañata sobre la pared escuché un gorjeo. Una vez colgado, me alejé para verlo en perspectiva. Desde allí las alas ya adoptaban una posición diferente, listas para emprender el vuelo. Con el paso de los días el petirrojo tomó confianza y de vez en cuando abandonaba el bastidor para posarse en cualquier sitio, el tocado de mi abuela en su retrato de bodas, los pastorcillos de porcelana, la antena del televisor.

Entonces pensé que dejarle la ventana abierta por una vez le haría bien.

Al volver a casa se respiraba en el aire una solemnidad de templo, y antes de entrar al salón supe, de alguna manera que no puedo explicar, todo lo que había ocurrido. No quedaba ni rastro del petirrojo, ni de los lugares que le habían servido de morada. Solo un olor acre y un puñado de cenizas.